

## CHISPAZOS DE REDENCION

*Francisco H. Moncayo*

Con la frente empinada, el ojo escrutador, la cabeza movible en el seguimiento constante de las caprichosas ondulaciones de los chaquiñanes, el indómito cacique apuñala distancias envueltas ya por las primeras sombras del monte que rebotan en las negras crestas del Pacarímac y se destienden por toda la Comarca. El aposento está repleto de las representaciones de tribus leales a la memoria del monarca cobarde y alevosamente asesinado en Cajamarca. Distintas fuerzas psicológicas animan los espíritus y forjan extrañas algarabías en contraste con el tradicional mutismo de la raza en la normalidad de los días. Sólo los hombres de Caranqui y de las distantes Urcuquí y Tumbabiro –pese a lo lejano de los lugares, no fueron los más tardos en llegar en rubricación firme de anuencia y aceptación de la convocatoria efectuada por Chasquis misteriosos– se encuentran sumidos en hondas reflexiones. Quizá añoran el Tahuantinsuyo forjado por el hijo de Pachac y de los súbditos, en un loco milagro legendario,

en arremetidas gloriosas y de contrastes hasta el minuto indecible del resonar de los churus y los taquis quiteños en la vieja ciudad de los incas y del rumor alegre y firme de la planta de las valientes y animosas mesnadas de los huambracunas... O talvez meditan en las duras jornadas de Atuntaqui, en la muerte aciaga de Cacha el último Duchicela; en el desvalimiento de las legiones sin jefe; en el alzamiento infortunado de Caranqui con el macabro epílogo de Yahuarcocha; en todos aquellos trances difíciles del vencimiento, pero de los cuales, por esa levadura propia de su sangre y estirpe, lograron, en definitiva salir los vencedores. Al fin, ya están completos... Han llegado los de Cayambe y los pueblos aledaños y el Jayán de Gualsaquí... Otavalo impone silencio. Su voz sonora se quiebra en la invocación a la dulce Mama Quilla; le entrega los hogares, las mujeres y los cervatillos, los hijos del corazón que van a ser abandonados... y se alza, de nuevo poderosa, cuando llama al Inti soberano, el Dios de sus mayores, el que encendió la fibra de los espíritus, el que les forjó a su imagen y semejanza y les dio la gallardía, la mente fresca y de pensar elevado al ser acariciada la cabeza por la brisa delicada y de perfume, el corazón bueno y acogedor pero que sabe de las transformaciones en hoguera, en furor de volcanes, cuando golpetea la perfidia, la traición, el ultraje... La imprecación es rugido entrecortado al rememorar la gesta de la raza, precautelada en cada paso por el Dios invisible que se manifiesta en grandezas naturales. Las playas del mar incognocido, cuyas rutas peligrosas se abrieron apacibles; el escalonamiento de las alturas por selvas espesas e intrincadas; el descenso a los valles profundos por las márgenes hostiles de ríos de aguas tíasas y ruidosas y la tierra tropical y buena, de leche y miel, la tierra entregada para su destino y al devenir de las generaciones. Tierra del Inti. Dada por él, recibida con dolor, trabajada con lágrimas, con sudor y con sangre. Tierra exclusiva de los hijos de él, para la grandeza de él y de su pueblo. Años de lucha en defensa del solar amenazado... Cochasquí... Cayambe... Pucará... Atuntaqui... Caranqui... Yahuarcocha... El Gran Tahuantinsuyo... Atahualpa... Pero el músculo permanece inactivo. Antes la chicha enardecía el ánimo. Nos condujo a jornadas de gloria. Pero ahora nos enerva... Hombres del norte, si amamos

la Vilca y el Huasi propios, el Inti estará con nosotros. Quizá no sea tarde... Junto al calor de la lumbre, símbolo del hogar y del vínculo, todos, como un solo hombre, levantémonos, empuñemos la lanza o la turpuna y no descansemos hasta arrojar al blanco, establecido ya en Quito y cuya garra se extiende con la provisión de la encomienda. No ha llegado hasta nosotros en forma estable, pues sólo asoma para exigir tributo... La lucha, la lucha sí, la lucha contra él hasta vencer o hasta morir nosotros... Otavalo ha hablado.

La luz de la hoguera proyecta la silueta bronceína de Jayanes... Fondo negro de sombras impenetrables. Rugir de truenos, anunciador de inminente tormenta que acompaña el de los hombres transformados en fieras. Zigzagueo de relámpagos. Gotas de agua, iniciales de tempestad natural que no ahuyenta la tempestad desencadenada en el espíritu guerrero de los hombres de la asamblea, enardecidos por la palabra del Cacique...

La lucha sí... hasta vencer o morir!...

Isabel Yarucpalla, la cuzqueña de la sangre real de los incas; la aseñoreada y grave, la generosa y afable en su trato; gallarda y decorosa en sus maneras que manifestaba en todo la nobleza y dignidad de su familia, como así la pinta quien encontró el detalle de la tradición (1), no ha guardado el dolor de la viudedad con toda su grandeza. El cuadro terrible de Cajamarca, la majestad del Inca derrumbada y envilecida; su prisión; la entrega generosa e inútiles del tesoro real, el cambio del nombre ilustre de Atahualpa en el sencillo de Francisco –no en Juan– (2), en ceremonia de aparatosa imposición; el ruego del monarca atribulado al presentir una muerte cercana y afrentosa, para la protección de sus pequeños hijos, pidiéndola aun con lágrimas en los ojos; la muerte oprobiosa a garrote, por un crimen inexistente... Todo aquel calvario sin nombre del dueño del imperio y su señor, habíase esfumado en su espíritu. La fuente del llanto, viva en el corazón de los demás, en ella habíase extinguido por completo. No había agostamiento en la exquisita florecilla del Cuzco que encantara los

ojos del monarca y perfumara su vida, sino reverdecimiento de ardor y juventud...

...La huída de Cajamarca hasta Quito en marcha precipitada, prolongada en etapas difíciles y angustiosas, contribuyó, indudablemente, al olvido de la cruel tragedia, y en su alma de mujer impresionable que sentía ya la soledad y el desvalimiento, cobró amor la gallarda figura de uno de los hombres vaticinadores del Reino y que asomaban por los caminos en el seguimiento de la persecución y la conquista. Y en Quito, domeñada por el infortunio y el empequeñecimiento de su grandeza venida a menos, se acuna entre los brazos del don Juan conquistador, uno de los tenientes de Sebastián de Benalcázar, el capitán don Diego Lovato. Prueba el sabor de sus besos en distinto proceso de afectos desconocido hasta entonces. Paladea el exotismo del nuevo querer y se entrega toda ella al español, en los paréntesis del sosiego que deja a éste los avatares de la empresa y la aventura... No está aún completamente desvinculada de los suyos. El lazo de la sangre y del antiguo prestigio entre los súbditos del imperio, no ha llegado a romperse, no se romperá nunca, pese a la atadura de su reina con el conquistador estrafalario, cruel y por distintos conductos de la servidumbre y allegados, rumores de rebeldías y conjuras llegan a sus oídos y en la intimidad del lecho trascienden al amante. Y es así cómo es conocida la agitación de los pueblos del norte por iniciativa de Otavalo, el Cacique orgulloso, querendón de su tierra y libre de coyunda. Y es así, cómo Pedro Puelles, el Teniente de Gobernador de Quito, puede prepararse para debelar la mal denominada rebelión, en desconocimiento del día aquel de la gran asamblea convocada, en el aposento legendario.

La noche es tormentosa, negra como condenación. El charrón empapa a los soldados y dificulta sus movimientos. Se esconden los arcabuces bajo la amplitud de las capas. El camino es fragoso, pero está cercano el punto de llegada. El páramo quedó atrás, y comienza ya el descenso a las tierras del rebelde. Y sin embargo, hay que seguir cayendo y levantando, intuyendo el peligro para evitar los precipicios, aprovechando la fugaz luminosidad de los relámpagos para el avance, venciendo la conjura de los ele-

mentos naturales, en connivencia con la de los indios. Paso a paso, el caballo guiado con infinitos cuidados, sostenido por las bridas. Adelante, siempre adelante, sacando de las malas condiciones un provecho... Sí, allí está la hoguera denunciativa de la concentración. Allí el aposento. Los guías lo señalan y la algarabía de los pechos robustos que surgen del espacio como otros tantos truenos de furor incontenible o rugido de volcanes...

El tambo está cercado. Santiago y a ellos!... Los arcabuces se encienden en estrépito y los fieros soldados, con el ruido de sus armas y sus figuras amenazantes, como torvos espíritus, penetran en la estancia, reducen a prisión a todos los que pueden, los escarmientan con suplicios y ha pasado el peligro.

Al día siguiente, el pueblo es condenado a la destrucción. La jornada macabra se inicia con la muerte del Cacique. El pendón de Castilla flota en la brisa matutina como imposición del ansia de libertades perdidas y como signo de nuevas encomiendas, de los obrajes, de la esclavitud y de la humillación sin nombre de convertir en siervos a los que fueron señores... Sarance fue señalada como centro de parcialidades del norte y empezó la reducción de algunos pueblos circunvecinos como base para el asiento de la primera población española en los campos de Imbabura y Carchi, abiertos a la codicia de quienes buscaban El Dorado.

Y establecido el asiento, posteriormente; en vez de Sarance, Otavalo fue el nombre del poblado, imposición del recuerdo del patriota cuyo nombre quedará vibrando en el ambiente como un símbolo inmarcesible del amor a las libertades y a las nobles rebeldías.

"Ñuca Huasi" N° 2, octubre de 1953.

## NOTAS

- 1 José Gabriel Navarro.
- 2 Documentos existentes en la Corte Suprema de Justicia